

Del clima y de los hombres

Entrevista con Emmanuel Le Roy Ladurie¹

Fabien Gruhier*

Publica usted una historia “humana” del clima. Según se desprende de su lectura, el destino de nuestra especie está en verdad ligado a los azares de la atmósfera...

¡Es evidente! Por las hambrunas y las epidemias, por el descontento popular que generan las alzas de precios del trigo o del vino, la historia del clima proporciona una tabla de lectura de la historia, sin más. Si, en 1482, Luis XI prohibió el almacenamiento especulativo y la exportación de granos, mientras que en Beauvais y en otras partes intentaban prohibir la fabricación de cerveza, fuente de desperdicio de cereales, es porque la cosecha de 1481 había sido catastrófica. Por supuesto, es necesario llevar a cabo una “dosificación de las causalidades”. Así, en el siglo XVI, nuestras guerras de religión no tienen sin duda un origen directamente climático, pero, en su propaganda, la Liga no dejó de imputar a los políticos en funciones los efectos de malas cosechas que en realidad se debieron al clima, con lo que provocaron revueltas urbanas que nos valieron la invención de las barricadas. Del mismo modo, puede encontrarse una “causalidad meteorológica”, por lo menos parcial, en la Fronda, después de un alza del precio del grano, posterior a una serie de tres primaveras y veranos fríos, entre 1648 y 1650. La Revolución inglesa, también, tuvo un detonador climático. Pero hay que desconfiar de las correlaciones falsas. Las guerras mismas son a menudo la causa de penurias que no se deben para nada al clima: la ver-

*Traducción del francés Arturo Vázquez Barrón (CPTI)

¹ Tomada de *Le Nouvel Observateur*.

tiginosa alza del precio de los cereales en 1589-1590 no es sino el resultado del sitio del París partidario de la Santa Liga por parte de Enrique IV...

Pero usted subraya una relación inesperada entre los accidentes climáticos y las quemas de brujas...

Por sus sortilegios demoníacos, a las brujas, en efecto, se las acusó frecuentemente de “descomponer el tiempo”. En el siglo XVI, a menudo las castigaban como consecuencia de esta supuesta alianza satánica. Incluso se puede esbozar una correlación entre la caza de brujas y el “hiper-PEG” (el periodo culminante de la Pequeña Edad Glacial, grosso modo de 1540 a 1600, marcada en 1590 por el máximo avance de los glaciares alpinos). Este asunto se ha estudiado en particular en los países germánicos, en Borgoña, en Inglaterra y en Suiza. Se notan vínculos bastante claros entre el número de condenas a muerte pronunciadas por brujería cada año y las añadas catastróficas para las vendimias, los veranos muy lluviosos y las cosechas destruidas sobre todo por el granizo. ¿Qué puede haber de más satánico, en efecto, que hacer que en pleno verano caiga hielo del cielo? No obstante, hay que señalar diferencias según las regiones. Relativamente lúcidos, los jueces católicos del Parlamento de París, tanto como los protestantes helvéticos, desconfían de las supersticiones relativas al granizo y a otros “crímenes de las heladas primaverales”, y prefieren apearse a inculpaciones más “serias”, como el pacto con el diablo o las marcas demoníacas en la piel...

Del siglo XII al siglo XVIII, el periodo que abarca este primer volumen, ¿diría usted que el hombre, de manera progresiva, se había liberado algo de las presiones climáticas?

En lo que se refiere a las hambrunas causadas por las malas cosechas, es claro que el auge del comercio y la organización de los intercambios de cereales permitieron enfrentar de mejor manera las eventualidades, con el subsiguiente incremento de los rendimientos agrícolas. La última gran hambruna se remonta a 1709, con sus 600 mil muertos, en una Francia de 20 millones de habitantes... ¡Compárense con los 15 mil de nuestra última canícula! Pero se constata sobre todo una especie de politización del clima. La espantosa hambruna de 1315, debida a desafortunadas circunstancias climáticas y que causó cientos de miles de muertos, coincide casi perfectamente con el breve reinado de Luis X el

Obstinado (noviembre de 1314 a junio de 1316): este monarca merecería en verdad ser llamado el “rey de la hambruna”. Ahora bien, evidentemente él no sólo no tuvo nada que ver, sino que sobre todo nadie pensó nunca en hacerle el menor reproche. ¡No era ése su trabajo! No se esperaba nada de él en este sentido. Desde el momento en que se las había arreglado para alimentar a su ejército, no había nada que decir.

Ahora bien, desde el siglo siguiente, digamos bajo el reinado feneciente de Luis XI, se ve que el Estado comienza a ocuparse del hambre de la gente, porque poco a poco el pueblo se va expresando. De hecho, en cuanto el Estado comienza a hacerse cargo de las subsistencias, lo acusan de no hacer lo suficiente. Y hasta de organizar eventualmente “conspiraciones del hambre”. Sin embargo, este intervencionismo de las autoridades irá incrementándose. Con Luis XIV, veremos a Colbert organizando importaciones de trigo, y de hecho el reinado de Luis XIV se distingue por un periodo de treinta años consecutivos sin hambrunas, algo nunca visto.

Hablemos de Luis XIV: usted lo rehabilita, lo exonera de todo el descontento que marcó el fin de su reinado. La culpa era del sol...

Por una extraordinaria coincidencia —evidentemente no era sino una mera coincidencia, pero resulta interesante—, el reinado del Rey Sol estuvo marcado por un debilitamiento marcado del verdadero sol. Es lo que se llama el “mínimo de Maunder”, caracterizado por una desaparición casi total de las manchas solares —que revela un déficit de la actividad del astro, y que se confirma por un enrarecimiento de las auroras boreales—. Esta calma solar duró de 1645 a 1715. El astrónomo alemán Spörer la percibió desde 1887, y unos años después la estudió el inglés Maunder, quien terminó por darle su nombre. Según las estimaciones actuales, resultó de ella una reducción débil (-0.2 por ciento) pero prolongada de la irradiación calorífica y luminosa del sol... durante todo el reinado del rey del mismo nombre. De lo cual se deriva una reducción no despreciable de los rendimientos agrícolas, y también una multiplicación de los inviernos fríos, propagadores de enfermedades pulmonares.

Fuera de la élite científica que lo observó y señaló, el fenómeno astronómico parece haber pasado inadvertido a los contemporáneos, con la notable

excepción de madame de Sévigné, quien entonces debía de tener relaciones en los medios científicos, y quien escribió: “El proceso del sol y de las estaciones está por completo cambiado.” Pero después es posible atribuir a la meteorología muchas desgracias individuales y colectivas, veranos muy lluviosos, inviernos asesinos, cosechas arruinadas y diversas epidemias. Desgracias que, en su “Carta a Luis XIV”, el gran Fénelon mismo reprochó severamente al rey, mientras que en sus sermones los simples curas de campo, en este caso más inspirados, le reclamaban al clima. En realidad, cada vez que la necesidad se hizo sentir, el rey se las ingenió para hacer venir trigo del exterior. La principal queja que tendría yo contra Luis XIV es una enorme falta de buen gusto: haber desplegado en el Louvre, en junio de 1661, un fastuoso, inaudito y dispendioso carrusel, mientras que el precio del trigo candeal se elevaba como nunca en el mercado de París. *Circenses sine pane*, juegos sin pan, el momento había estado en verdad mal elegido.

*¿Cómo procede el historiador para reconstituir el clima de épocas pasadas?
¿Qué herramientas usa? ¿De qué documentos se sirve usted?*

Son de increíble diversidad, y quizás quedan muchos por explorar que todavía hoy siguen siendo insospechados. Las anotaciones astronómicas del Observatorio de París contribuyeron a nuestro conocimiento sobre el mínimo de Maunder. Pero la simple ausencia de observaciones astronómicas, varias noches seguidas, prueba por ejemplo que el cielo estaba obstinadamente nublado. Si tal capitán, en una fecha determinada, pudo hacer que sus cañones cruzaran el Ródano, quiere decir que el río estaba congelado. Un documento local que menciona una actividad intensa de los enterradores indica una catástrofe, a menudo climática. La mala calidad del vino, en los años en los que es ligeramente agrio, es señal de que junio, julio y agosto fueron excesivamente frescos. El análisis dendrocronológico (de las capas concéntricas de la madera) efectuado en troncos fósiles nos da información sobre el avance de los glaciares. Las fechas de las vendimias, de la siega, de la cosecha de cerezas... El número de bautizos, casamientos, decesos... El precio del grano, del pan, del vino... Los análisis de carbono 14... ¡Una infinidad de cosas! Por fortuna, cuando se tienen los medios para comparar datos de diferentes fuentes, esto da lugar,

digamos, a correspondencias tranquilizadoras. No siempre es así, y entonces hay que tratar de entender. Pero en conjunto el examen de los datos conduce a coherencias notables. Por ejemplo, las epidemias y el hambre no se reflejan sólo en tasas récord de mortandad, a menudo aterradoras. También van acompañadas, en los años siguientes, de una disminución del número de nacimientos, que se posponen para tiempos mejores, y también, a veces, de una “amenorrea por hambruna” en las mujeres en edad de procrear, cuyo ciclo menstrual se interrumpe. Algunos años después, se constata una reducción en el tamaño de los reclutas, físicamente menos desarrollados cuando sufrieron de malnutrición en la infancia. Todo es coherente. Correlativamente, se encuentra incluso en los archivos la evocación de prácticas sexuales masculinas “alternativas”, en particular con cabras –cuando los hombres se ven obligados a satisfacerse sin correr riesgos de engendrar niños a los que no podrían alimentar–. Vea usted, el estudio de los climas del pasado puede llevar muy lejos.

En espera de lo que sigue, que se publicará en el segundo tomo, su historia del clima termina con un capítulo entero dedicado al año 1740. ¿Fue un año terrible?

Sí, esa añada es muy probablemente el origen de la expresión “*Je m'en fous comme de l'an quarante*”,² prueba de que a la gente se le quedó muy grabada, incluso si con el transcurso del tiempo había acabado por no darle importancia. El invierno de 1739-1740 estuvo marcado por tres meses de heladas ininterrumpidas, seguidos de una primavera y un verano completamente lluviosos en la mayor parte de Europa, y de prolongadas inundaciones. Ahora bien, después de la helada sin nieve, el agua es el peor enemigo del trigo, una planta de origen mediorienta que no soporta el exceso de humedad. Si la semilla no se había congelado en la tierra, las espigas quedaron acostadas por la lluvia y no germinaron hacia arriba. O sea, una verdadera catástrofe. Por supuesto, la viña también se vio afectada, y el vino marcado con la añada 1740, además de ser muy poco abundante, sobre todo se consideró infame. En semejante

² Locución familiar francesa sin equivalencia en español, que podría expresarse con algo como “el año cuarenta me importa un rábano”, y cuyo sentido estricto es “este asunto me tiene por completo sin cuidado”, “me vale”. (N. del T.)

contexto, haber logrado no rebasar la cifra de 200 mil muertos (en vez de un millón cuando la gran hambruna de 1693) debe considerarse como una especie de hazaña: mal que bien se limitaron los estragos, aprovisionándose las ciudades con las cosechas menos malas del este y el oeste del país. Pero el accidente climático del “año cuarenta”, terriblemente frío y húmedo, bloqueó durante diez años el crecimiento demográfico de Francia.

Ahora a lo que se le tiene más miedo es a las canículas...

¡Ah!, pero también hubo unas muy buenas durante todo el periodo estudianto, sin que se haya tenido que esperar al efecto invernadero... En 1206, 1473, 1516, 1540 y 1556, por ejemplo. O los dos veranos caniculares consecutivos de 1718-1719, con mediciones máximas térmicas centradas, igual que en agosto de 2003, en la región parisina y el Valle de Loira: en total fueron 450 mil muertos, entre los cuales hubo muchos bebés, muertos por la deshidratación y la disentería –porque el agua, de por sí escasa, además estaba contaminada–. 450 mil muertos ¡en una población de 20 millones! Hoy, entonces, habría que triplicar la cifra. Ahora bien, no parece que al Mattéi³ de aquella época le haya preocupado en lo más mínimo... ❧

³ Jean-François Mattéi, Ministro de Salud, la Familia y las Personas Minusválidas durante el gobierno del Primer Ministro Jean-Pierre Raffarin. Se cuestionó mucho su forma de enfrentar la crisis de la canícula del verano de 2003 (15 mil muertos), pues no midió la dimensión de la catástrofe a tiempo, no interrumpió sus vacaciones y tomó muy tarde las medidas necesarias. (N. del T.)